

863

F-3623p

GR 18 oct 78

PQ6523

- F37

P3

1872

EL PASTELERO

DE MADRIGAL

(MEMORIAS DEL TIEMPO DE FELIPE II)

Es propiedad de los editores.

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ



FSRM

3741

Madrid: 1872.—Imprenta de la Galeria Literaria, Colegiata, 6.

SEGUNDA PARTE.

ESTEFANA BARBARIGO.

(CONTINUACION.)

CAPITULO PRIMERO.

En que volvemos á éncotrarnos en Venecia para asistir á nuevos é interesantes sucesos.

Gabriel de Espinosa vivia soñando.

Hasta ahora, como han podido juzgar nuestros lectores, nos hemos ocupado muy poco del protagonista de nuestra historia.

Esto consiste en que todo lo que llevamos relatado no es otra cosa que el prólogo, ó mejor dicho, la justificación de los terribles sucesos que acontecieron cuando aportó á España el misterioso pastelero de Madrigal.

Que la empresa de su restauracion ó de su posesion como falsario del trono de Portugal fuese prematura, y como tal, desastrosa, consistió en su conducta imprudente en Venecia, que creó circunstancias que le lanzaron fatalmente á la realizacion de sus proyectos cuando el éxito no estaba bastante preparado.

Gabriel de Espinosa se valió para ser rey, sino era más que un aventurero, ó para recobrar su trono si realmente era el rey don Sebastian, que nosotros no lo sabemos, ni lo sabrá jamás nadie, de una escala falsa, cuyos escalones se rompian al poner los piés y las manos en nuevos escalones, que se rompian á su vez á medida que ascendia, lo que quiere decir, que Gabriel de Espinosa estaba suspendido sobre un abismo.

Adelantaba dejando tras sí imprudencias, dolores y venganzas, haciendo inútiles los oficios interesados de la República de Venecia, aislándose de cuanto le habia protegido, entregándose á nuevas manos, de cuya fidelidad y de cuya fuerza no podia estar seguro.

Los agentes del rey de España sabian que existia, sabian que conspiraba, y el Consejo de los Diez empezaba á encontrar pesado á aquel imprudente protegido que ponía al descubierto con sus locuras la tenebrosa política de Venecia.

II.

El Consejo de los Diez, pues, empezaba á prescindir de Gabriel de Espinosa, porque éste empezaba á hacerse demasiado pesado.

Felipe II se preparaba.

Sus medios de represion aumentaban en Portugal, y la severidad del duque de Alba se exasperaba, si es que podia exasperarse la dureza del terrible don Fernando Alvarez de Toledo.

Aunque Gabriel de Espinosa hubiese sido realmente

el rey don Sebastian, aunque todos los portugueses hubiesen arrostrado el martirio resueltos á morir por reconquistar su independencia peleando como héroes en nombre de su rey, nada hubieran podido hacer. Portugal tenia sobre sí la guerra sangrienta del leon de España; estaba aherrojado, atado, y el duque de Alba, que aunque no necesitaba excitaciones, estaba continuamente excitado por el sombrío Felipe II, apretaba las ligaduras incesantemente, sordo á los alaridos de Portugal.

Fué necesario que Felipe II muriese; que pasase el reinado de Felipe III; que llegase el débil y desastroso reinado de Felipe IV, y que tuviesen lugar las torpezas, las miserias y las traiciones del conde-duque de Olivares para que Portugal recobrase su independencia despues de setenta años de tiranías y de sufrimientos.

III.

Gabriel de Espinosa, sin embargo, era siempre el loco y audaz aventurero de los campos de Alcázar-Kivir, ya fuese el insensato rey don Sebastian, ya el soldado de fortuna Gabriel de Espinosa.

Fuese ó no el rey don Sebastian, se parecia á él hasta confundirsele con él, no solo en la figura, en la altivez y en el valor, sino que tambien en el carácter.

Gabriel de Espinosa fué un hombre que vivió y murió soñando, y delante de cuya memoria flota un misterio sombrío y fatídico.

IV.

Sabemos de qué manera habia pagado los inmensos sacrificios de Sayda-Mirian.

El desagradecimiento y el egoismo de Gabriel de Espinosa habian amargado el noble y grande corazon de aquella mujer.

Salvos algunos momentos de amor loco é impetuoso, habia visto siempre en Gabriel de Espinosa un hombre altivo, frio é irritado; un hombre dominador que le imponia su tiránico dominio; que ansioso de sensaciones, habia gastado sus tesoros, convirtiéndose en un pirata negativo, que con elementos puramente africanos batia sobre el mar á los africanos en favor de los cristianos.

Sayda Mirian se explicaba todo esto mirando á Gabriel de Espinosa á través de una fascinacion, de un sueño.

Para ella el sombrío y continuo disgusto de Gabriel de Espinosa era la situacion natural de ánimo en que debia encontrarse un rey vencido, desterrado, tenido por muerto, protegido por los enemigos á quienes habia creido venceria.

Por lo mismo Sayda Mirian habia procurado acercarse cuanto le era posible á aquel á quien creia rey de Portugal, olvidando la historia de su familia haciéndose cristiana, adoptando en cuanto le era posible las costumbres europeas, siendo dócil y sumisa á la voluntad de aquel hombre, envolviéndole en el perfume de su ardiente amor, de un amor violento, de un amor puramente

africano, embellecido por el poético sentimiento de su corazon impresionable, vírgen de la falsía en que marchá envuelta la civilizacion.

Pero Sayda Mirian veia con dolor que todos sus esfuerzos, todos sus sacrificios, toda su abnegacion, eran inútiles.

Gabriel de Espinosa no era á su lado el amante ni el esposo, sino el cautivo; el hombre dominado por una fortuna adversa; el sér altivo que siempre veia en Mirian una hija de aquella raza bárbara que habia pretendido dominar.

Sayda Mirian habia sufrido durante muchos años un horrible martirio y se habia resignado á él porque hasta entonces no se habia envenenado con los celos.

V.

Pero cuando ya en Venecia Mirian se apercibió de que la mirada de Gabriel de Espinosa se fijaba en otra mujer, empezó á cargarse la nube que, como veremos más tarde, decidió la suerte de Gabriel de Espinosa.

VI.

Antes de su expedicion á Africa, Gabriel de Espinosa aún no habia amado.

Era muy jóven, como que solo contaba veintidos años. Su pasion favorita era la guerra.

Sus aventuras con las mujeres no habian pasado del galanteo, del libertinaje.

Gabriel de Espinosa, ó el rey don Sebastian, este misterioso personaje, en fin, tenia el corazon vírgen de amor cuando fué encontrado casi muerto por Sayda Mirian en el campo de batalla de Alcázar-Kivir.

Cuando recobró la salud y las fuerzas por los amantados cuidados de la sultana, la hermosura de ésta le deslumbró, le fascinó, le hizo sentir una pasion puramente material, que desapareció con la posesion gastada por el hastio.

Sayda Mirian se le hizo familiar, y llegó un momento en que le fué completamente indiferente, más que indiferente, enojosa.

Cuando Gabriel fué á Venecia podia decirse que aún no habia amado.

La mujer aún no habia sido para él ese sér que llena todas las aspiraciones del alma del hombre; que se convierte en el negocio más sério y más trascendental de su vida; que refunde en su alma el alma del hombre amado; que sumerge en un océano de pasion, en un infinito de felicidad todas las aspiraciones de un hombre por ambicioso que sea, y le domina haciéndole sentir una felicidad suprema con su dominio.

Gabriel de Espinosa no habia sentido nunca nacer, crecer, desarrollarse en su sér ese sér divino que tiene el semblante y la mirada de una mujer que la imaginacion idealiza y embellece, convirtiéndole en un ángel humano, en un mar de delicias, flotando entre las cuales se enlanguidecen el cuerpo y el alma en una dulce locura.

VII.

Pero vió á Estéfana Barbarigo y brotó la chispa de amor en el corazon hasta entonces indomado de Gabriel de Espinosa.

La organizacion terrible, la pasion violenta, el orgullo y la valentia de Estéfana, eran lo más á propósito para excitar el amor violento y antojadizo que dormia en el corazon de aquel hombre aventurero.

Estéfana y Gabriel se comprendieron á la primera mirada y se amaron, y se sintieron arrastrados el uno hácia el otro.

A Estéfana la enloquecia el pensamiento de ser amada por un rey, que tal le creia, de las condiciones del rey don Sebastian.

Le amaba con el corazon y con el orgullo.

Gabriel de Espinosa, por su parte, que no sabia el estado de divorcio completo en que se encontraba Estéfana respecto á su padre Giacomo Barbarigo, veía en ella, no solo á la mujer fuertemente hermosa y excesivamente simpática para él, sino un medio poderoso para que el estado de Venecia por la gran influencia de Giacomo Barbarigo, protegiese sus pretensiones al trono de Portugal de una manera decisiva.

Pero no podia llegarse á esto sino por medio de un enlace con Estéfana, y entonces fué cuando se pidió á Roma el divorcio absoluto de Gabriel de Espinosa de su mujer doña Maria de Souza.

VIII.

El Consejo de los Diez habia creído conveniente el casamiento del rey de Portugal con Estéfana Barbarigo, porque para conspirar contra el rey de España le convenia tener una influencia veneciana al lado del rey de Portugal.

Entonces se meditó aquella intriga tenebrosa para la cual sirvió de instrumento Elena Karuk.

La fatalidad, que acompañaba siempre á Gabriel de Espinosa, que determinaba los sucesos de su vida, que los preparaba para un desenlace terrible, habia hecho que Elena y Estéfana estuviesen puestas en relacion, y en una relacion sumamente peligrosa á causa de un hombre.

Este hombre era César Malatesta.

Para que los sucesos se complicasen más, César Malatesta habia contraído un amor violento por Sayda Mirian.

De manera, que César Malatesta se encontraba colocado en el centro de un triángulo, en el vértice de cada uno de cuyos ángulos habia una mujer que le atraia á sí de una manera poderosa.

Sayda Mirian era para él el amor intenso, el deseo voraz, la dificultad ardiente.

Estéfana, la mujer con la cual le unia un duelo á muerte empeñado por el orgullo.

Por último, la comunidad del crimen, la identidad de afectos y de pasiones y la influencia y el mandato de la República le enlazaban á Elena Karuk.

Y este triángulo, en cuyo centro estaba colocado César Malatesta, venia á ser para Gabriel de Espinosa ó para el rey don Sebastian la caja de Pandora que encerraba dentro de sí un cúmulo infinito de horribles desgracias.

IX.

Por eso nos hemos visto obligados á ocuparnos de la historia de esas tres mujeres, y á prescindir de la historia del pastelero del Madrigal, al ocuparnos de ella, que venian á ser tres historias correlativas á la historia de Gabriel de Espinosa.

X.

Después de esta manifestacion, volvemos á emprender nuestro relato en el capítulo siguiente.